dinero que corría á abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almnerzo; avise V., avise que ya puede Giácomo dorar los *maccaroni*...

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa golosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendaba á Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión á Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó á reir, y palmoteando exclamó:

—¡General... si viese V.! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseabamos... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería... ¡Ya sabe V. que el devocionario es lo que yo quiero regalar á Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir á misa que al baile!... ¡Vea V.! Es un primor...

X

La admiración del general ante la presencia de espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crisis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga llevan consigo un estado de exaltación, que, borrando las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el juicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando la obtuviese, porque detestaba los planes prematuros é inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehízose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y solo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

del hombre fascinado y enloquecido, cuyas ardientes frases, cuyos juramentos delirantes de amor acababa de beber; y segura ya de llevarle adonde quisiera, se asomó intrépidamente al abismo, midió la profundidad, y pensó en el modo de salvarlo.

La extraña lucidez que aquella mujer conservaba en tan suprema hora, la permitió pesar todas las contingencias de lo venidero. Echó la sonda de nuevo en su corazón, y comprobó que, á pesar de las consecuencias terribles, de los insuperables obstáculos, su ansia de Lorenzo persistía, y que, sobrada de valor para todo, carecía del necesario para aconsejar á Lorenzo la abnegación y separarse de él entregándole en brazos de una esposa. Comprendió que la fatalidad pasional la empujaba á la caída, pero que aún poseía fuerzas suficientes para dirigir esa caída, y hacerla bella como una muerte de gladiador. Su repugnancia á lo clandestino,—hija de un carácter indómito y altanero;—su antipatía por las luchas ínfimas y arteras; su desprecio hacia el engaño á mansalva; la misma tranquila estimación que profesaba á Jacinto, la impidieron soñar en establecer con Lorenzo esos lazos que atan en secreto á personas que ante la sociedad nada son la una para la otra. Además comprendía que Lorenzo, al lado de su padre, jamás podría disponer de sí. Para asegurar su tesoro, Teodora necesitaba rescatarlo del vigilante dragón.

No sólo pensó en todo esto Teodora, sino que

—mientras el *fiacre* levantaba el polvo de la avenida y en el rincón que había ocupado Lorenzo flotaba aún algo de la fragancia de su pelo y casi revolaban ardiendo sus frases de entusiasmo loco—pudo acordarse de que la vida práctica tiene leyes imperiosas y de que aquella cuestión de amor llevaba envuelta sin remedio una cuestión de hacienda. Teodora, acostumbrada por su marido á las sutilezas analíticas de la crítica literaria, se había reído muchas veces de los dramas y novelas en que los héroes y las heroínas se ponen en marcha hacia tierras remotas sin un céntimo en el bolsillo. Así es que, con la calma fría del suicida, echó sus cuentas, unas cuentas muy cabales, sin ilusión ni error. Ella no servía para el trabajo, y estaba habituada al lujo: Lorenzo nada poseía. En el Nuevo continente, natural refugio de los que rompen todas las trabas y se eximen de todos los deberes, hay un deber que persiste, y es el de pagar lo que se gasta. Aquella mujer—que sólo en calzado y guantes derrochaba al año mas de dos mil francos,—reflexionó, con la cabeza despejada, acerca de este problema, que no consideraba baladí. Y si han de tomarse en cuenta—como es justo—todos los antecedentes antes de condenar ó absolver á un reo, el instante en que Teodora resolvió el problema económico debe contarse entre los datos que inclinan á ejercer misericordia con esta pecadora trágica. En un segundo, la voluntad de la dama renunció, no sólo á las vanidades, sino á los íntimos y sibaríticos goces de

la elegancia exquisita, al deleite de anidar entre sedas y encajes, por el cual tantas veces pisotea la mujer moderna su dignadad. Calculando lo que podrían valer sus joyas, y lo que representaba su herencia materna—en valores al portador había tenido la singular previsión de colocarla,—Teodora comprendió que ella y Lorenzo no debían temer la miseria, pero que no les sería lícito ningún lujo. Y borrando de su horizonte esa perspectiva luminosa, sonrió al pensamiento de que tal sacrificio, lejos de asustarla, dilataba su corazón, y la causaba un transporte de entusiasta alegría, semi-infantil, que la hizo soltar una risa de gozo. «Lorenzo podrá seguir estimándome», pensó, en el paroxismo de la felicidad.

Ni un segundo dudó que Lorenzo aceptase la heroica solución de la fuga. ¿Qué significaban si no las palabras de total abnegación, qué las delirantes efusiones y los ofrecimientos espontáneos de la vida entera, hechos en aquellas horas breves, pero capitales, que habían seguido á la confesión de Lorenzo en Nuestra Señora de las Victorias? El acto gravísimo de renegar de su matrimonio, concertado, medio hecho ya; la seguridad una y mil veces reiterada de que tal enlace no se verificaría, eran la base de la convicción de Teodora. En un año de trato había tenido ocasión de estudiarle, con esa intuición rápida y profunda, no incompatible con la ceguera amorosa; y fiaba en la seriedad de su carácter, en la virginidad de sus sentimientos, en la religión del honor caballeresco que, si á veces preserva de ciertas faltas, otras hace perseverar en ellas, y sobre todo en la fuerza de la pasión en un alma de fuego y de hierro, española, vehemente, tenaz, exaltada hasta el fanatismo. Teodora aceptaba la iniciativa, pero Lorenzo no se quedaría atrás: la seguiría hasta el fin del mundo. Lo que importaba era engañar al general adormeciendo su suspicacia, y procediendo de la manera más natural y normal, hasta el día de la desaparición. «Ese día empezará mi vida verdadera», pensaba Teodora, mientras por uno de los espantosos contrastes que se presentan en la existencia de la mujer,—que es mil veces comedia y algunas drama,—examinaba sobre el mostrador del joyero de la calle de la Paz dos ó tres devocionarios, maravillas de arte y riqueza, y daba su opinión sobre las miniaturas recientes, comparándolas á las del siglo XV que ostentan en los códices...—Al verla entrar en el jardín con la cajita en la mano; al verla explicar con tanta naturalidad su correría y el empleo de su tiempo, el general sintió que aquel era adversario más terrible que cuantos le habían traído al retortero por las montañas de Aragón. No podía el general,—como no fuese por revelación divina,—conocer el verdadero estado de las relaciones entre su hijo y la esposa de Castellá: y aunque seguro de que algo existía, y algo muy serio, y algo que obligaba á adoptar toda clase de precauciones y hasta medidas extremas, faltábale la clave del misterio, y tenía que ir á tientas por ignorancia. Cuando

Teodora le presentó el misal, una inspiración repentina iluminó á Gurrea Pinós. Se le ocurrió sorprender á Teodora con una noticia contundente, – que al fin y al cabo tenía que saber por Jacinto. – Miró el devocionario, lo cogió, lo abrió, y lo alabó con afectación extremada.

—¡Vaya una preciosi ad! Señora, tiene V. un gusto exquisito. ¡El regalo es muy á propósito para Fermina, tan religiosa y tan angelical! Esto lo prefiere ella á un collar ó á un brazalete: ¿lo oye V.?

—¡Vaya una noticia!... Fué Lorenzo el que me puso cien mil objeciones. Empeñado en preferir una esmeralda con cerco de brillantes ¡Ay! ¡Qué tercos son Vds. los aragoneses! Más quiero que me encarguen de convencer á un santo de piedra, que á un natural de Aragón.

—No sabe V. bien todavía á dónde llega nuestra terquedad. En metiéndosenos una cosa aquí...—Y el veterano apoyó en el entrecejo un dedo fuerte y peludo, poniendo sordina á su voz para que la frase no adquiriese indefinible acento de amenaza.—Cuando algo se nos encaja aquí—repitió—hasta verlo realizado no paramos. No crea V. que la digo esto á humo de pajas, doña Teodora... ¿Quiere V. hacerme un favor?

—¿Quién lo duda?

—Diez minutos de conversación en el cenadorcito... antes de que el señor de Castellá se entere de que ha regresado.

—¿Una entrevista galante? ¡Bien, mi general!

V. ha debido ser temible en sus veinte años—exclamó Teodora riendo.

—No señora—respondió Gurrea Pinós perdiendo algo los estribos.—A ninguna edad las faldas me desviaron á mí del camino de la honra y del deber.

Hizo Teodora como si no entendiese, y siguió al veterano, entrando en el cenador, entonces más perfumado, más poético que nunca. Una idea sardónica la mortificaba en aquel instante: pensaba que era una mueca burlona de la casualidad el haber rodado con el hijo en un destartalado alquilón, mientras la entrevista con el padre iba á tener un techo de flores y unas paredes de follaje rumoroso.

—Se trata—pronunció Gurrea, sentándose al lado de la señora—de la boda de Lorenzo.

—¿Pues qué hay de nuevo en ese asunto? La creía concertada y muy próxima,—respondió la esposa de Castellá riendo.

—Concertada, sí; próxima..., de eso trato, y para eso cuento con que V. me ayude poderosa y eficazmente.

—¿Pretende V. acortar el plazo?

—Justo.

—Tiene V. mil razones,—aprobó Teodora con el mayor aplomo.—A nada conducen los noviajos pesados, y puesto que ha de ser... cuanto antes.

—Ya presumía yo que las señoras ven en esto más claro que los hombres... D. Jacinto presenta un sinnúmero de dificultades, y yo ruego á V. que, como buena medianera, in-

terceda con su esposo para que se ablande...

—Ya lo creo que intercederé... *¿Cómo no?...* qué dice nuestro amigo D. Cármenes Valenzuela. V. márchese tranquilo con Lorenzo, señor marqués de la Resolución, que al volver tendré a Jacinto como un guante...

—¿A la vuelta?—interrogó el viejo, preparando el golpe.—¿Qué vuelta?

—A la vuelta de España. ¿No iba V. á llevarse allá á Lorenzo, dentro de ocho ó diez días? Pues cuando regresen...

—¡Ay, señora! ¡Pero si... precisamente... de lo que se trata es de que... yo pretendo llevarme, no á mi hijo.. sino á mis dos hijos, ya unidos en santo matrimonio!

A pesar de toda su serenidad, de toda su presencia de ánimo, de su disimulo, indispensable en tal momento, Teodora palideció, y un estremecimiento agitó su cuerpo, modelado estrictamente por el paño de su elegante traje de mañana, de corte algo masculino. Una angustia horrible, parecida á la del mareo de mar, oprimió su corazón, y sus manos, enguantadas aún, se crisparon y se enfriaron de pronto. «Quiere adelantarse»,—calculó, y la probabilidad de la derrota arrancó de sus cabellos sudor de agonía. El pensamiento de que aquello era la declaración de guerra abierta y sin cuartel, la devolvió casi instantáneamente su vigor de implacable amazona, y mirando cara á cara al viejo, pronunció con irónica lentitud:

—Puede V. contar con mi auxilio.

XI

Teodora no tardó quince minutos en cumplir esta singular promesa. Corrió á casa, subió á sus habitaciones, y ordenó á la doncella—antes de inclinar y volver la cabeza para que la desprendiesen la aguja que sujetaba la toca:—

—Dígale V. á Dionisio que ponga plato para el general Gurrea Pinós..., y al señorito, que venga á mi tocador, que deseo hablarle un momento.

A poco se oyeron los pasos de Jacinto, que salvaba la escalera de caracol, y entró el marido en el tocador de la mujer, encontrándola entregada á dejarse desabrochar las botas de tafilete, que la doncella sustituía por un fino zapatito inglés, de hebilla ancha. Teodora, llamando á Jacinto con graciosa seña, le dijo, sin bajar la voz, como si no la importase que la doncella oyese:

—Es preciso que tramemos un complot, mira, como en las novelas... Me he comprometido á